

LIRA INTIMA

¡Ah, mis versos! Puras flores milagrosas de mi alma,
que brotaron sin esfuerzo de mi espíritu en la calma,
que nacieron y tremaron en profunda vibración,
que alegraron mis hastíos en la hora silenciosa,
que me ungiéron de ideales esta vida dolorosa,
que trajeron a mis nervios la anhelada sensación.

¡Ah, mis versos! ¡Mis ensueños! ¡Mis delirios redentores!;
los que ahuyentan mis pesares y ennoblecen mis amores,
los que nimban como a un santo mi amplia frente de mortal;
los que pñen en mi vida la sublime y suave nota
que hace fuerte la victoria y hace dulce la derrota,
los que aroman de fragancia mi anodina vida igual.

¡Ah, mis versos! Pura esencia decantada de mi vida,
tan cuajada de pecados, tan doliente por la herida
que le abriera en la esperanza la ilusión que no cuajó.

Al sentir que se moría
en el alba de aquel día

¡la he llorado en estos versos, que hice yo!...

¿Qué me importan ni la gloria, ni el misterio de la nada?

¿Qué me importa que, de un tajo, me siegue la Descarnada?

¿Qué la verdad mentirosa de vivir?

Yo, montado en el Pegaso de mis sueños juveniles,
sólo ansío en estas horas, ardorosas y febriles,
la dulzura de mis versos y la gracia de morir.
En mi pluma encierro un mundo infinito de quimera,
enmarcado entre las rimas; ya la vida aventurera
va llegando, trabajosa, al oscuro más allá.

¡No me importa! Si hay quien sepa mis estrofas de memoria;
en el reino de los muertos ya no hay laureles ni gloria,
ya no hay locas vanidades... ¡qué más da!

FELIX VALVERDE GRIMALDI

EL LIBRO DE JOSE LUIS COTALLO

Una faceta interesante del extremeñismo

PROMETIMOS en un artículo de «Extremadura» ocuparnos más ampliamente del libro de José Luis Cotallo «Extremadura y el Franciscanismo en el siglo XVI» y anticipábamos la impresión sobre la trascendencia del asunto, al parecer insignificante.

Decía Menéndez y Pelayo, y lo atestiguan asimismo otros muchos pensadores e historiadores serios, que la importancia de la historia no estriba en referir los episodios de las guerras, ni las victorias de los ejércitos, ni el esplendor de las cortes, ni los períodos de prosperidad de las naciones, sino que hay otras facetas más ocultas y al parecer insignificantes que son las causas verdaderas del engrandecimiento de los pueblos, así como de su decadencia, que no suelen sobrevenir una y otra de improviso por aquello de que «nemo repente fit summus».

Esto sucedió con nuestra grandeza española en el siglo XVI, por todos reconocida y por ninguna otra nación igualada ni en calidad ni en extensión.

No fueron ciertamente las victorias insignes de los Reyes Católicos y de los primeros Austrias, ni las proezas de nuestros conquistadores, ni las elucubraciones de sabios, ni las maravillosas obras de nuestros artistas y literatos las causas de aquella «empinación española» de que habla el Cura de los Palacios.

Esas manifestaciones son más bien efecto que causa, como el vigor, la alegría y la actividad del organismo son manifestación de la salud, que es la que vivifica a los miembros.

El Libro Sagrado, con su gran perspicacia y admirable concisión, lo dice en esta sentencia: «La justicia eleva a los pueblos; el pecado los hace miserables».

Reconozcamos que no era el mundo un prodigio de moralidad y de santidad en el siglo XV, ni—por lo que a nuestra España respecta—el reinado de Juan II y Enrique IV, que precedieron al de los Reyes Católicos. He aquí la descripción que hace Mourret en su monumental historia del «Renacimiento y la Reforma»: «No puede darse, dice, una explicación completa de la revolución religiosa y social en el siglo XVI, sino mediante el estudio de las perturbaciones religiosas, sociales y políticas que agitaron a los siglos XIV y XV. El gran Cisma de Occidente hace tambalear la autoridad de los Papas; la vida mundana de las altas jerarquías aumenta su descrédito; la mala voluntad, y a veces la oposición abierta de los Príncipes, inspirados por los legistas, embarazan la acción de la Iglesia; la embriaguez del saber, la pasión del arte y la literatura desarrollan en las almas un espíritu de independencia peligrosa; la decadencia de la escolástica favorece la tendencia de un misticismo sospechoso, la rápida forma-

ción de las monarquías absolutas, haciendo desaparecer las libertades y franquicias de la antigua organización medieval, complican la crisis religiosa con una crisis social y política y amenazan con dar proporciones imprevistas al más insignificante movimiento. Déjase sentir un malestar general. Por todas partes se habla de la necesidad de una reforma, y desde que un gran Obispo la pide «in capite et in membris» (en el Concilio de Viena), la frase se hace de moda y Concilios y Asambleas la repiten con frecuencia.

Así las cosas, mientras los prudentes señalan como medios de realizar la deseada reforma la oración y las buenas obras, en la Iglesia y por medio de la Iglesia, los espíritus turbulentos y apasionados intentan establecerla valiéndose de la violencia y de la revuelta, fuera de la Iglesia y contra la Iglesia.

Esto es lo que hizo Lutero, que no fué un gran genio como dicen los protestantes y toda la impiedad, aunque no fuera tampoco un hombre vulgar; pero más que un positivo talento fué un oportunista que prendió fuego a los materiales acumulados, y con ello provocó un incendio, que no sólo no remedió los males y abusos enumerados, sino que los exacerbó, llevando la corrupción y el escándalo al sumo grado de la abyección.

La laxitud de la inobservancia se había extendido a las Ordenes Religiosas y, si ellas y el clero son la sal de la tierra, corrompida ésta, ¿con qué había de preservarse a los pueblos de la corrupción? Pronto se despertaron deseos de reforma en algunos espíritus religiosos dentro de cada Orden.

La reforma regular, iniciada oficialmente por Cisneros y el Cardenal Mendoza, empezó a lograr sus frutos en los Carmelitas por obra de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz; en la de los Redentores Trinitarios por el Beato Juan Bautista de la Concepción, en los de la Merced por el Venerable Juan del Santísimo Sacramento; en la de los Ermitaños de San Agustín por el Venerable Tomás de Jesús; en el Clero secular por el Beato Maestro Juan de Avila, hallando su complemento en la fundación de dos Ordenes de sacerdotes regulares, que fueron la Compañía de Jesús y las Escuelas Pías de San José de Calasanz.

De intento hemos omitido la reforma de la Orden Franciscana, por ser el asunto sobre que versa el libro del Sr. Cotallo, y que merece mayor estudio y consideración.

Es en este siglo XVI cuando se realiza en la Religión de San Francisco el movimiento renovador de más trascendencia en su larga historia. Renovación que se sustenta en cuatro gigantescas reformas, con las que se conmovió el Franciscanismo en el mundo entero. Y todo por obra y gracia de Extremadura, cuya proyección universal con la gesta americana es de todos conocida, pero que tuvo esta otra proyección de trascendencia no menos universalista, desconocida hasta ahora, mas no por ello menos real y menos gloriosa.

Este es el mérito y el valor imponderable del libro del Sr. Cotallo que, como nuevo Colón, descubre el tesoro oculto de la influencia

que ejercieron nuestros hombres, que ejerció Extremadura en esta pentecostés reformatoria, porque la que personifica San Pedro de Alcántara y de la cual es veneranda reliquia nuestro convento del Palancar, no es sino la coronación de una de esas cuatro reformas, pero unas y otras y todas tienen su arranque en esta tierra bendita extremeña, y de Extremadura tomaron la idea, el acicate, el impulso y la vida.

La Orden Franciscana se resquebrajaba, pero así como en las ruinas de los edificios quedan enhiestos los basamentos y fustes de las columnas y las nervaduras de sus arcos, así había también en medio de aquella general defección regular espíritus robustos, almas selectas a quienes encendía en santo celo la relajación de los demás hermanos, y ese celo fortalecía sus espíritus para acometer la obra de la reforma.

Para emprender la obra, además de santidad y fervor, se necesitaba temperamento batallador, tenaz e intrépido, que son cualidades específicas del carácter extremeño.

Por eso fué Extremadura, como dice el capítulo segundo del libro de Cotallo, la cuna de la reforma. «Faltaban, dice, en la Orden los varones de recio temple que San Francisco profetizó, existirían siempre entre sus hijos para tener enhiesta la bandera del auténtico ideal franciscanista. Faltaban a la sazón espíritus finos con sangre de héroes, y estos valientes los dió Extremadura en número suficiente para realizar en todo el mundo seráfico la más transcendente renovación».

Fray Juan de la Puebla, Fray Juan de Guadalupe y Fray Pedro de Melgar y Bobadilla, una porción de nobles y de capitanes cubiertos de saco y con los pies sangrantes por su rigurosa descalcez, son los encargados por la Divina Providencia de consumir la hazaña.

De 1499 a 1525 brota en nuestra tierra, por el esfuerzo de estos paladines que han de sufrir mil contratiempos y pasar por mil vicisitudes, una reforma de la que apenas se hace mención en ninguna historia: La Reforma de los Frailes del Capucho. Todavía no se habla de reforma alguna en ningún otro punto del orbe. Esta reforma se consolida, se agiganta, se impone y ella es la causa eficiente y ejemplar de las cuatro colosales que vendrán después, a saber: La Descalcez en España y Portugal, los Recoletos en Francia y Bélgica, los Reformados en Italia, Alemania y Polonia, y los Capuchinos en Italia y el resto del mundo.

Cotallo, en su libro, reivindica para Extremadura el honor de haber sido la cuna de todo el movimiento reformista y de haber sido también, por aquel tiempo, la escuela universal del Franciscanismo, siendo entonces nuestras provincias extremeñas el cenáculo al que acudían los reformadores del mundo seráfico para beber el auténtico espíritu del Fundador de la Orden. Aquí vienen los fundadores de la Reforma francesa, aquí se inspira el General de la Orden para dar sus Constituciones a la Reforma italiana, y un Fray Juan de Guadalupe y un Fray Francisco de Fregenal (bien extremeños) son los que inspiran su empresa al fundador de los Capuchinos.

De todo ello resulta que es a Extremadura a quien le corresponde la gloria de haber iniciado tan importante movimiento reformista en la universal familia franciscana (como no se conocía ni se ha vuelto a conocer en todos los siglos de su historia) y quien la extendió a las demás naciones.

El mérito especial del libro está en haber sacado todos los datos de fuentes indirectas, pues se trata de un tema que nadie abordó hasta el presente y no existe por tanto bibliografía directa. No hay originales en que se trate concretamente de este particular y tal vez esta gesta se hubiera olvidado para siempre, como tantas otras glorias regionales, si el ojo avizor de este publicista no hubiese buceado con tesón en otros libros e historias de regulares franciscanos, recogiendo las noticias que incidentalmente suministran, depurándolas con verdadero espíritu crítico, confirmándolas con documentos pontificios, ordenándolas como hábil artista, ilustrándolas con su no común cultura y amenizándolas con un estilo sugestivo, sencillo y transparente, de modo que aun el más indocto en asuntos histórico-eclesiásticos puede entender, asimilar y saborear este precioso libro.

Por esto hemos dicho en nuestro primer artículo que tan grandes como la realidad descubierta son las esperanzas despertadas por el autor de esta obra, ya que nos hace concebir la idea de que el Santo de Alcántara tendrá el historiador adecuado, que es el mejor elogio que pudiéramos hacer del Director de los Servicios Culturales de la Diputación.

SANTIAGO GASPAR GIL

«Extremeño-filo»

IDEARIO EXTREMEÑO

El teatro no puede ser mirado con indiferencia en cualquiera nación donde se desee que el pueblo adquiera una instrucción que desbaste las ideas groseras de la educación plebeya, y florezcan las artes de imitación, que son las que exaltan e immortalizan a las naciones y las hacen respetables en todos tiempos. No ha habido ni hay pueblo sabio, cuyos primeros pasos hacia la sabiduría no hayan empezado por la poesía dramática. Esta proposición parecería paradójica si no estuviera fundada en los testimonios más verídicos de la historia.

JUAN PABLO FORNER

CARNAVAL

Farsa de Carnaval.

Farsa sonora

de cántaro quebrado contra el suelo.

De cántaro vacío,
con colores brillantes.

De cántaro con voces,
sin sonido ni eco.

Siento las horas
en farsa de Carnaval.

En farsa de Carnaval

siento los tiempos,

hasta llegar la muerte

que nos quita

la rígida careta del momento.

TARDE PROVINCIANA

Ya se me quedó yerto
el domingo en la mano.

Se me quedó vacío,
se me quedó callado.

Sin recuerdos de niños
ni de pájaros.

Tan solo la tarola
del otoñal paseo provinciano.

(Y yo y mi sombra unidos,
sin luz, sin habla,
sin recuerdo, extraños.)

Giro gris de las horas
con los minutos plácidos.

Y se me quedó yerto
el domingo en la mano.

SALVADOR GARCIA